



EL AGUA QUE NO LLEGA **“año bisiesto y** **Pascua enmarzá hambre y mortandad”**

El agua que no llega. Ese recurso natural tan difícil de alcanzar. Que si el cambio climático, que si la sequía, que si los nuevos hábitos de vida, que con las reservas que hay no llegamos al verano, que si desde que el hombre fue a la luna ya no llueve como antes, que si hay agua en Marte (largo me la fías) ..., lo cierto es que la siembra, metidos en febrero, no levanta un gemo del suelo y dentro de nada los babaoles anuncian primavera.

¡Claro que han cambiado los hábitos de vida! Pero no por ello vamos a desperdiciar el agua que tanta falta nos hace. Entonces el agua potable se repartía por las calles en cubas de madera tiradas por caballerías y Filemón, Juan José y, quizás antes, Carmelo Cuerda, voceaban en las esquinas de las calles con vozarrón de aprendiz de tenor ¡el “aguaooor”!, y las mujeres acudían a llenar los cántaros de agua, únicamente para el consumo diario, a cambio de una peseta. Aquello ya era una modernidad, el agua servida a domicilio, sin necesidad de ir con los cántaros de Quintana, apoyados en el ijar, al pozo Montesinos o al pozo Arriba a bombear el agua precisa para beber (de chicos, aprovechando la visita al pozo, hacíamos el cabra colgándonos en los tirantes de las tijeras de la cubierta).

Para las tareas domésticas, fregar el suelo de la casa, regar la acera o lavar la vajilla se sacaba agua del pozo (normalmente salobre), que, en cubo de cinc u hojalata, al oro de la lumbre, levantaba borbotones al ritmo de decrépitas pavesas. También la colada se realizaba con agua del pozo y cuando no había pozo, Curaeras, los Terreros, Morilla, la cañada de las Carretas o los Pocicos servían de lavadero público (consta bando municipal del siglo XIX relacionando todos los ejidos y arroyos públicos aptos para lavar la ropa, solo se prohibía el lavado en el lugar de las Balsas, ya que las aguas quedaban estancadas y producían tercianas, enfermedad infecciosa transmitida por los mosquitos que daba calentura y se repetía cada tres días).

El baño doméstico o aseo personal se reducía a una caldera llena de agua hasta las asas, que con el termostático carasol del corral tomaba temperatura y en invierno, puchero en mano, tras rehenchir agua desde el latón arrimado a la lumbre se atemperaba la misma, para después pasar por aquel improvisado Jordán todos los de la casa, empezando por el más chico. Y de las aguas mayores ni hablamos...

Entonces no se desperdiciaba agua alguna. Aquello sí era una continua campaña de ahorro y eficiencia. El esfuerzo del largo acarreo y el sacar cubos del pozo a horcajadas, sin perder el equilibrio, convidaba y concienciaba a no derrochar ni malgastar una sola gota de agua, pero tampoco se sembraban cultivos de regadío en zonas de secano, porque ser eficiente, por aquellos años, también era ser respetuoso con la naturaleza, cuando lo natural era lo que se mantenía tal como se originó en un principio, sin mediar la mano del hombre y sin necesidad de realizar cumbres mundiales sobre el medio ambiente (por si fuera poco en la cumbre de Estocolmo, año de 1972, se empeñaron en llamar a la madre naturaleza con el redundante nombre de medio ambiente -ya nos hemos cargado la otra mitad-).

Lo que se trata, a fin de cuentas, es que el trigo cimbree en mayo a la altura de la cintura, que el sol de agosto aminore el agraz de la uva y la aceituna verdee allá por Pascua, cuando las naranjas se doran en invierno en la calidez de Levante, lo que se trata es de producir los mismos alimentos sin necesidad de tener que utilizar más agua. La eficiencia en los cultivos ya era recogida en el cantar del arriero, *“el pimentón está en Murcia, la sal está en las salinas y el aceite an ca Juan tienda”* (el comercio de Juan tienda se localizaba en los años 30 del pasado siglo en la calle Magdalena).

Aunque lo que hace falta es que llueva, porque la tierra pide agua y el cielo se la niega. Esa agua que en diciembre puja la siembra y en mayo asegura el pan del año. El agua que en cabañuelas de agosto augura azafrán, miel y mosto, aunque el maldito refranero, en plan agorero, intente aguar la fiesta, *“año bisiesto y Pascua enmarzá hambre y mortandad”*. El último bisiesto, el del 2020, buen viaje lleve, recluyó al mundo entero en forma de pandemia (ya han pasado cuatro años de aquel sindiós), y lo que hace falta es que llueva, que llueva y ser más responsables con la naturaleza y con el consumo del agua. En cuanto a la cumbre de Dubái, pactos climáticos y freno de emisiones, ya lo dijo el cantautor Pablo Guerrero:

*“Ellos seguirán dormidos en sus
cuentas corrientes de seguridad,
planearán vender la vida, la muerte y
la paz./ ¿Le pongo diez metros en
cómodos plazos de felicidad?
pero tú y yo sabemos que hay señales
que anuncian que la siesta se acaba.../
Tiene que llover/ tiene que llover/ tiene
que llover/ tiene que llover a cántaros”*

Porque el agua es vida, y el agua que está en el cielo el pan nuestro de cada día.

RAMÓN FERNÁNDEZ CHILLERÓN

